

sencia de la palabra *yo*. El completo aislamiento de la gran ciudad lleva a la disolución de la primera persona. La isla es ella misma, no soy yo mismo.

La soledad urbana se convierte en una especie de moral intelectual, de sesgo pietista: la fe interior llega a cierta hondura en que los hombres reconocen lo que tienen de común y transforman su soledad en solidaridad. Aparece la comunidad a partir de la pululación de solitarios. Es una suerte de disponibilidad juvenil frente a las esclerosadas asociaciones de los adultos, las ligas patrióticas y los partidos políticos: «Ser joven, más que servir al espíritu, es esperarlo» dice enigmáticamente WB.

Lo anterior explica la fascinación de WB por Baudelaire, el lírico del capitalismo tardío, el cantor de la gran ciudad populosa y solitaria, cruzada por vagabundos y prostitutas. Y a partir de esta experiencia, la sutil y parcial identificación del intelectual burgués con la clase obrera, pues si el poeta vende su experiencia degradada en el gran mercado de los bienes simbólicos, el obrero, de igual forma, vende su fuerza de trabajo. La mirada del intelectual en la gran ciudad se desgarrá, así, entre la altura (los palacios de la alta burguesía patricia) y el llano (los barracones proletarios). Proust y Baudelaire: Benjamin.

También en el erotismo de WB y hasta en su visión de la mujer hay un cuño de gran ciudad: la ramera. En efecto, desde mediados del siglo XIX, Berlín se caracterizó por su gran población prostitucional: sobre 170.000 mujeres, 10.000 eran públicas (hay un texto clásico sobre el tema, *Berlin* de Ernst Dronke, del año 1846). Aún existe una variante berlinesa de la prostitución, la buscona de café, que entabla conversación con los clientes sin revelar su profesión hasta muy avanzado el diálogo. Prostituta mimetizada en la multitud, animal de gran ciudad como el intelectual de doble mirada, que también suele frecuentar los cafés.

La mujer es cosificada para que el hombre la considere un instrumento útil dentro de una moral de la productividad. Satisfecho y despejado, el varón abandona el burdel en óptimas condiciones para trabajar y rendir. La mujer integra el mecanismo productivo: echa al mundo hombres que producen y mujeres que reproducen, aceita la maquinaria laboral con íntimos lubricantes y vuelve a esconderse en sus santuarios peculiares: la casa, el lupanar.

Política

En enero de 1913, WB escribe a su amigo Strauss manifestando su escaso entusiasmo por la política, que considera ocupación mezquina y miserable. La imagen de un partido político no le atrae nada, aunque su elección se orienta hacia el liberalismo de izquierda y la socialdemocracia. En todo caso, rechaza el sionismo (como otros intelectuales judíos de su condición) por considerarlo nacionalista. Aunque de ancestros hebreos y visto como tal por la mirada antisemita de su época, WB recibe una educación liberal y hasta cientifista, con pocos componentes religiosos y, menos aún, litúrgicos. Lo que hay en él de judaico es muy sutil y subterráneo, acaso no más de lo que hay en cualquier hombre de Occidente, hipócrita lector, mi semejante, hermano mío.

En 1914, la guerra es una situación límite que politiza a todo el mundo. En el mun-

do germánico, la mayor parte de la intelectualidad es belicista e imperialista. No faltan voces ilustres en este sentido, desde Richard Dehmel a Thomas Mann. Sólo unos ochenta profesores universitarios (entre ellos Max Planck y Albert Einstein, todo hay que decirlo) suscriben un documento pacifista. Caso aislado y notable es, en la misma línea, el de Karl Kraus.

La guerra y el belicismo de la inteligencia separan a WB de las asociaciones estudiantiles, devotas de los valores masculinos (entre ellos, la guerra) y misóginas. Berlín se transforma en una ciudad de grita bélica y de cabarets. Aunque integrante de la fauna berlinesa, WB, extrañado de su ciudad, termina por dejarla en favor de Munich y, más tarde, de Berna.

La guerra termina en 1918, año en que WB es un monárquico posibilista y conoce al marxista Ernst Bloch, tal vez el prelude de sus difíciles relaciones con la Escuela de Frankfurt. Son tiempos en que WB concibe la filosofía como un discurso que puede ser entendido en una mesa de café, requisito sin el cual resulta falaz.

En 1923 conoce a la comunista Asja Lacis, que ha sido actriz en obras de Brecht, y lee el texto definitorio de Lukács (*Historia y conciencia de clase*), primer rescate, en el mundo germánico, de un Marx hegeliano. La República de Weimar y su parlamentarismo charlatán y corrompido alejan a WB del sistema. Sus críticas coinciden o vienen de las de Carl Schmitt, luego teórico del nazismo.

La primera lectura marxiana de WB es relativamente tardía, si se tiene en cuenta que ha sido un infatigable lector: en 1928 aborda *Las guerras civiles en Francia*.

La posguerra ha dejado a WB una huella filosófica de sesgo politizante: el desastre debe ser reparado. Elige como maestro a Hermann Cohen, líder del neokantismo vigente en la Escuela de Marburgo. Cohen propone un nuevo Estado, teñido de eticismo, en el cual se sintetizan algunos elementos de teocracia judía con otros, de democracia social. Por supuesto, es la vuelta a Kant y a una sociedad con fines autofundados. El sistema político se basa en el voto universal, sin censo, y en restricciones a la propiedad privada, basadas en consideraciones sociales. Preludio de la República weimariana y contactos con los socialdemócratas y hasta con los socialócratas. Mezcla de compromiso humanista, una suerte de Ilustración judía y una relectura del Pentateuco como inspirador de la legislación social. También Eduard Bernstein y Jean Jaurès (por no citar a Juan B. Justo y Alfredo Palacios) propusieron un socialismo neokantiano.

Pese a sus contactos con las fuentes marxistas y sus conflictivas relaciones con aparatos intelectuales y políticos comunistas, WB conservó siempre, en lo político, cierta libertad anarcoide que coincide con su filosofía de la historia. Había en él una fuerte repugnancia individualista por todo tipo de autoridad externa y, por lo tanto, veía la libertad como algo inexistente en la historia, que siempre había sido la historia de los poderes. La libertad era una imagen de futuro, la luz de una sociedad sin autoridades, sin esclavos, racional y plural. Como algunos frankfurteses (Marcuse y Horkheimer, por ejemplo) WB pensaba que toda autoridad acaba legitimándose a sí misma a partir de sí misma, sin apelar a una racionalidad objetiva. Por lo tanto, todo poder es, finalmente, irracional, puede porque puede, manda porque manda.

Esta crítica radical a la racionalidad del mando arroja cierta sospecha sobre la conclusión de Max Weber, en el sentido de considerar el capitalismo como la más elevada

forma de racionalidad económica. El fascismo respeta la forma de producción capitalista, se vale de medios racionales pero su haz de finalidades es irracional. No obstante ello, es difícil ver en WB a un anarquista, ya que él mismo se desmarcó de la acracia, considerándola una mera respuesta al autoritarismo industrial del siglo XIX.

Tal vez tengan razón los que quitan a WB todo carácter marxista y lo describen como el típico intelectual burgués radicalizado, que ve los desgarros y mentiras de la sociedad capitalista y se hace una tarea y un deber en advertirlos públicamente. WB veía que la civilización burguesa estaba condenada por la historia y era bueno acelerar el cumplimiento de la condena. Del otro lado, no faltan acusaciones comunistas que lo categorizan como a un despreciable seguidor de Heidegger.

Acaso la clave sea ver a Benjamin como a un escritor, un hombre que interroga al discurso y lo escucha, y no a un pensador político, que construye un discurso a partir de una verdad dada que se considera buena para la sociedad. Su verdadera ideología política está en su rechazo a la politización del arte (propuesta estalinista) y a la estetización de la política (propuesta fascista). Si un intelectual quiere proletarizarse, lo que resulta no es un nuevo proletario, porque la cultura es un privilegio intelectual frente al obrero que crea una distancia constante, insuperable a pesar de cualquier solidaridad. Cuando un escritor se transforma en intelectual de partido, en lugar de escuelas y de partidos propiamente dichos, se generan clanes y modas, el productor de escritura se degrada a mero agente. Un escritor burgués desintegrado de su clase podrá convertirse en un funcionario de la propaganda comunista pero nunca será un proletario mimetizado, ni siquiera un proletario comunista. Conviene volver sobre los textos de WB (1929 y 1931) acerca de la politización del escritor y la obra de autores como Erich Kästner, Walter Mehring y Kurt Tucholsky. Digo que conviene hacerlo cada vez que un intelectual jacobino se sube a una silla en un recinto universitario y dice: «Nosotros, el pueblo...»

Aurora roja

Los contactos de WB con la Unión Soviética pasan por lo anecdótico y es obligado, por lo tanto, acudir a la anécdota en este tema.

El viaje a Moscú dura desde el 6 diciembre 1926 hasta el 31 enero 1927. Van con él Asja Lacis y Bernhard Reich, formando una suerte de *ménage à trois* que pudo ser tanto una expresión del amor libre revolucionario como la enésima reedición de un enredo sentimental burgués. Ella (1891-1979) era una actriz lituana, propagandista de la URSS, a quien WB trató en Capri en 1924. Sus relaciones duraron hasta 1930. WB le dedicó *Einbahnstrasse*. Lacis dio a la luz sus memorias en 1971 (*Revolutionär im Beruf, Revolucionaria profesional*) donde aportó algunas precisiones sobre WB. Reich (1880-1972) era un director de teatro que conoció a WB en Berlín en 1924, actuando en el Teatro Alemán. Permaneció en la URSS desde el viaje.

WB fue a la URSS como escritor independiente: ésta era su identidad, fuera de todo partido y de toda profesión. Sus contradicciones eran un ejercicio intelectual que incitaba a ahondarlas. De algún modo, en Reich personificaba a su oponente dialéctico interior.